

OPTANTES

In Luce Et Veritate

*Ser un buscador
incansable
de la verdad*



Optar

en la Verdad:
una vida que predica



a búsqueda incansable de la verdad ha sido, desde tiempos muy antiguos, uno de los más grandes intereses del ser humano. Cada uno de nosotros se ha encontrado en diversas situaciones en las que ha tenido que cuestionar, comparar, discernir y decidir; sin embargo, ello no significa que se alcance una verdad absoluta, pues la vivencia constante y apasionada de la vida va alimentando y profundizando esa búsqueda.

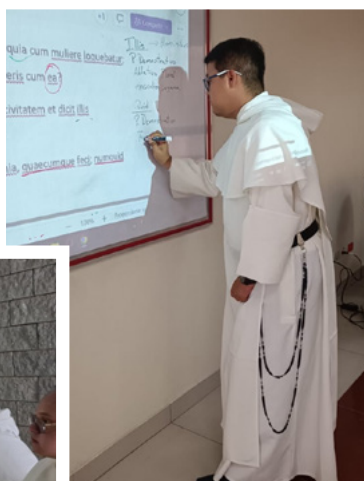
Cada persona, desde su realidad particular, encuentra los medios para descubrir y acercarse progresivamente a la verdad. En mi caso, la Orden de Predicadores me ha acompañado en esta aventura desde muy niño y hoy, siendo fraile dominico, escribo estas líneas con la mirada puesta en aquel que ha orientado este crecimiento: Domingo de Guzmán. Este hombre, que en 1216 funda la Orden con un único propósito —predicar la verdad—, comprendió que el mundo entero debía ser casa y lugar de misión, lo cual implicaba salir de la seguridad de los conventos para encontrarse con la realidad. Por eso, en esta ocasión, quiero decirte algo fundamental: no eres un simple espectador o receptor de la fe; eres, en sentido pleno, protagonista de la predicación.



Con frecuencia caemos en el error de pensar que la predicación está reservada a quienes se especializan en temas de espiritualidad o teología. Se suele creer que es un llamado exclusivo de quienes visten un hábito o se dedican académicamente a estos asuntos; sin embargo, esa idea resulta insuficiente. Un corazón que desborda de alegría es aquel que camina hacia la verdad, y la verdad es Jesucristo mismo. Él no distingue entre hábitos, uniformes o roles sociales; reconoce, más bien, el corazón ensanchado de quien decide buscarlo.

Ser un buscador incansable de la verdad equivale, en cierto sentido, a ser dominico. Cada uno está llamado a ser “optante”, es decir, alguien que, con debilidades y limitaciones, opta de manera constante por la verdad en medio de un mundo que con frecuencia privilegia la indife-

ches en diálogo con Dios, como quien conversa con un amigo cercano; y durante el día hablaba a los demás de ese mismo Dios. Tal dinámica encierra una enseñanza decisiva: contemplar no significa aislarse, sino aprender a reconocer la presencia de Dios en medio de la vida cotidiana. En el trabajo, en el estudio, en la familia o incluso en los momentos de cansancio, se abre la posibilidad de escuchar a Dios que habla a través de los otros, especialmente en quienes necesitan consuelo o atención.



rencia, la mentira y el relativismo. Esta opción no es abstracta, sino profundamente concreta, pues se encarna en las decisiones diarias.

Surge entonces una pregunta inevitable: ¿cómo vivir esa opción en medio del caos? Aquí cobra sentido la contemplación activa. La tradición cuenta que Domingo de Guzmán pasaba las no-

La vida diaria, ciertamente, presenta situaciones de las que quisiéramos huir; no obstante, no es escapando del mundo como se encuentra a Dios. La experiencia cristiana conduce, más bien, a sumergirse en la realidad para comunicar lo contemplado. En ello se revela un auténtico acto de amor: llevar a Dios a los demás y, al mismo tiempo, llevar a los demás hacia Dios.

El estilo de Domingo de Guzmán al seguir a Cristo se caracteriza precisamente por crecer mientras se predica. No tiene sentido esperar a

ser perfectos para anunciar el Evangelio, porque la vida se consumiría en esa espera. Es en la predicación misma donde se hace más evidente la necesidad de Dios y donde se madura espiritualmente.

Desde esa perspectiva, la predicación se concreta en gestos cotidianos. Una mirada esperanzadora en medio del desánimo, una sonrisa en medio de la oscuridad o una palabra que consuela se convierten en formas reales de anuncio. Esa



predicación viva actúa como un ejercicio interior que impulsa a la coherencia, de modo que la vida no contradiga lo que se proclama.

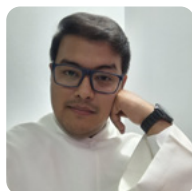
Recuerdo que las hermanas dominicas que me formaron en el colegio repetían una frase atribuida a Domingo de Guzmán: “el trigo amontonado se pudre, pero el trigo esparcido da fruto”. A partir de ello comprendí que la fe no puede guardarse de manera egoísta; solo cobra sentido cuando se comparte. En medio de las múltiples realidades del mundo actual, siempre hay una palabra que decir cuando se ha encontrado la verdad. El mundo sigue necesitando testigos auténticos.



Si surge la pregunta por lo más hermoso de seguir a Cristo junto a Domingo de Guzmán, la respuesta apunta hacia la compasión. En su oración, Domingo no se alejaba de los hombres, sino que los llevaba ante Dios, preguntándose por su destino y buscando caminos para ayudarlos. De ahí nace un corazón capaz de amar y perdonar, incluso cuando resulta difícil.

Finalmente, hay un rasgo que resulta especialmente interpelante: Domingo no imponía la verdad. A ejemplo de Jesucristo, la proponía con firmeza, pero también con dulzura, en un clima de diálogo y escucha. Comprender al otro, acogerlo y reconocer en él la presencia de Dios permite que la verdad sea recibida sin violencia.

Por eso, quien ha optado por la verdad no debe temer a la luz que lleva dentro. La vida misma puede convertirse en un Evangelio abierto, donde otros descubran, a través de acciones y palabras, la alegría de saberse amados. Abrir el corazón a Dios no es otra cosa que permitir que la verdad, largamente buscada, transforme la existencia en una predicación viva.



*Fray Joseph Esteban
Ramírez Díaz, O.P.*